

Prólogo del autor

La maternidad espiritual de María, inseparable de su maternidad divina, es una cuestión teológica de primera magnitud. Aquellos *Ecce filius tuus* y *Ecce Mater tua* de Cristo en la cruz (cfr. Jn 19, 26-27), pronunciados en el ocaso de su vida y de su misión terrenas desvelan –como inimaginable y postrema revelación– una voluntad divina dispositiva en el plano de la economía de la salvación, que dará paso al solemne “*consummatum est*” (cfr. Jn 19, 30). Pensadas cristianamente no cabe concebir de otro modo aquellas palabras de Jesús. La misión materna de María respecto al Hijo que ha engendrado y ha acompañado fielmente hasta el Calvario, pero también respecto a todos los que en aquel momento trascendente le son confiados como hijos por su Hijo, constituye un factor de singular importancia dentro de la doctrina revelada. La encomienda a la Madre de aquellos que Jesucristo considera suyos, porque le han sido dados por el Padre (cfr. Jn 17, 9), prende una luz valiosísima para captar la hondura del misterio de María en la economía salvífica. Es una verdad dotada de profundo significado eclesial.

Podría suceder que el contenido teológico de esa gran luz que el Hijo proyecta sobre el misterio de María en el momento supre-

mo de su muerte –la luz de la misión maternal de la Madre vinculada y subordinada a la del Hijo–, fuera estimado como un tema de carácter “simplemente” espiritual (ya habría mucho que decir sobre eso), y no llegara a ser considerado con la debida atención. La inesperada revelación de la nueva función materna encomendada a María (función tiene aquí sentido de cualidad y misión sobrenaturales), es decir, la revelación de la maternidad espiritual de María, no admite ser acogida como una cuestión de interés menor en el plano del pensamiento teológico. Es más bien, por el contrario, un dato de singular interés pues deja establecido, viniendo de Jesucristo, un rasgo propio de la Iglesia naciente. A la comunidad de los discípulos de Jesús le ha sido otorgada por voluntad divina una contextura mariana y filial, inseparable de su fundamento petriño, desvelado en otros momentos.

Todo cuanto se refiere a María –y en especial, como estamos ahora destacando, la consideración de su doble misión materna, como Madre del Unigénito de Dios y Madre espiritual de los que han sido configurados con Él por la gracia–, constituye un capítulo central del patrimonio revelado y contiene una importante llamada de atención para la teología. Las verdades marianas de fondo, como la que ahora contemplamos, no solo son receptoras de la luz que les llega del misterio de Cristo sino también difusoras, desde su particular luminosidad, de esa luz que han recibido. Es manifiesto que la mariología recibe fuste intelectual principalmente desde la cristología, pero es también cierto que el estudio del misterio de María en toda su integridad aporta luz sobre aspectos básicos del misterio de Cristo. Y no solo, por ejemplo, sobre su verdadera humanidad como hijo nacido de una mujer, sino también, como ahora nos interesa destacar, sobre su voluntad expresa de que los suyos –individual o colectivamente considerados– cuenten en su caminar de discípulos con la ayuda garante de una Madre.

Pero el desvelamiento de la voluntad de Cristo acerca de su Madre, de sus discípulos y de su Iglesia está contemporáneamente mostrando lo que hay en su alma en la hora decisiva de su misión de salvación. Aporta también luz, por consiguiente, acerca del significado profundo de esta. La propagación de la salvación en el tiempo una vez cancelada la culpa original –esto es, el hacerse de la Iglesia *in terris*–, ha de llevarse a cabo en continuidad con lo que Cristo ha establecido: como un proceso de fundamento apostólico y contextura filial en el que es indispensable la presencia y la protección de una Madre. Y no de una madre cualquiera –permítasenos decirlo así– sino de la suya propia, María. En la entraña cristocéntrica de la salvación hay, junto al apostólico, un esencial componente materno-filial asumido por María como misión y por los fieles como rasgo originario.

La firmeza de la identidad cristiana, tanto en el caso de las personas y de las instituciones, como en el de la Iglesia en sí misma, necesita un fundamento cristológico consistente para asentarse y crecer. Y no hay tal, en esta economía de la salvación, que es la economía del Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado para la salvación de los hombres, si se carece del recurso intelectual y espiritual a la que en la Iglesia ha recibido misión y función de Madre. En ese sentido, la Iglesia contemporánea –como la de siempre– está avocada en todo el ámbito de su tarea a progresar en el conocimiento y en la difusión del misterio de la Madre de Cristo y de los hombres. Y dentro de la Iglesia, en particular, la teología. Es un requerimiento central en cualquier etapa de la historia con sus características propias, y por eso también del momento presente, marcado por cierta debilitación del testimonio personal y social de los cristianos. El siglo XXI ha de ser, si es mariano, un tiempo no de debilitación sino de reforzamiento de la siembra y de la cosecha cristianas. No hay en realidad otro camino más congruente y mejor.

La finalidad de este modesto libro está orientada en esa dirección. Su argumento de fondo, aunque abordado por vías distintas, es siempre el mismo: la reflexión teológica sobre la maternidad espiritual de María y, por consiguiente, sobre su inalterable función de mediación en la economía salvífica –economía de la filiación divina adoptiva–, que le ha sido consignada por su Hijo. Este segundo aspecto, que persiste como grabado a fuego en la conciencia católica en todo tiempo y lugar –nada hay tan característico de la piedad católica, después de la fe eucarística, como la confianza filial en María–, puede ser ilustrado de diferentes modos pero hay uno que sobrepasa a los demás. Y este es el íntimo convencimiento de fe de que Ella, siendo Madre de Dios y Madre de los hijos de Dios, es también por título propio Mediadora de todas las gracias que llegan o han de llegar a los fieles para seguir de cerca a Jesucristo en medio de las circunstancias favorables o adversas de la vida.

La mediación mariana universal, enraizada en la maternidad espiritual y con esta indirectamente desvelada en el acontecimiento del Calvario –según una decisión divina en la que entrevemos una lógica comprensible: la Madre natural del Hijo de Dios es constituida Madre espiritual de los llamados a ser hijos en el Hijo– pide ser contemplada, lo hemos escrito al principio y lo reiteramos, como una cuestión teológica de primera magnitud. Y como tal ha de ser tratada intelectual y pastoralmente. Así lo está exigiendo sin más la constatación del permanente fenómeno de búsqueda de la intercesión de María por parte del pueblo de Dios, que acude filialmente a Ella en todo tiempo y en todo lugar donde ha llegado la fe cristiana con la seguridad –convencimiento de fe– de su maternal protección. Esa constante apelación filial a María, siempre actual en todo el orbe y siempre renovada, es como la plasmación evidente de aquél: “Ahí tienes a tu madre”. Y está manifestando que la fe en la Madre (“Ahí tiene a tu hijo”) es inseparable en

la conciencia cristiana de la certeza de su poderosa y eficaz protección. El pueblo de Dios ha comprendido que la maternidad espiritual de María no es simple denominación de un título sino clara indicación de una eficaz función maternal de auxilio e intercesión, que es como decir de mediación. Ese acontecimiento visible, global y multiseccular de la Iglesia y de sus fieles, que ponen en María su esperanza y su confianza generación tras generación es un elocuente testimonio de fe en su eficaz protección. María, recibida desde el Calvario como Madre, es comprendida y venerada como mediadora ante su Hijo en favor de los que son también en Él hijos adoptivos del Padre, sus hermanos. Este dinamismo de fe está siempre reclamando una atenta consideración por parte de la teología.

El punto de atención primero y principal está en el acontecimiento mismo del Calvario, y allí en la figura de Aquél que pende en la cruz, el Verbo-Hijo de Dios hecho hombre, que está llevando a su fin el cumplimiento de la misión recibida y revelando máximamente el compromiso de amor de Dios con los hombres. Ahí está la luz para vislumbrar el significado teológico de la maternidad espiritual de María entonces develada y de su correspondiente función materna. El Salvador lo anuncia en el momento supremo de su obrar redentor, es decir, en la culminación terrena de su misión sacerdotal de mediación. El develamiento de la relación materno-filial entre la madre del Mediador y los que por Él han sido constituidos hijos adoptivos de Dios, exige ser contemplada y razonada dentro de esos términos y de ese ámbito de significación. El significado de la maternidad espiritual de María respecto de los hijos de Dios en Cristo y, de modo correlativo, el significado de la filiación espiritual de los hijos de Dios respecto de María, ambos manifestados bajo la luz del Mediador están traspasados por esa luz, y sólo desde ella pueden ser rectamente captados y contemplados. En el Calvario María acoge en la fe una nueva función

maternal respecto de todos los hijos de Dios, y estos acogen en la fe una certeza de la eficaz mediación materna de María. El fundamento de esa doble actitud es la voluntad manifiesta del Mediador en la cruz.

En la medida en que podamos comprender mejor el contenido revelado de la acción mediadora de Cristo, estaremos en mejores condiciones para conocer con más hondura el significado teológico de la maternidad espiritual de María y de su función mediadora, vinculada y subordinada a la de su Hijo. Y entenderemos también mejor el sentido de la fe de los cristianos en su mediación.

La acción redentora plena de Jesucristo, yendo al fundamento de todo, es su victoria dentro de la historia sobre el pecado y sobre el tentador, victoria que representa la cancelación de la culpa original, objetivo inalcanzable para el hombre pero alcanzada por el Hijo de Dios hecho hombre en su misterio pascual. Junto a esto, la acción redentora de Cristo ha comportado la restauración de la imagen de Dios en la criatura humana –que tiene en ella su identidad creatural– menoscabada por el pecado (para menoscabo de la gloria de Dios), y ahora resplandeciente con toda su belleza en Cristo Resucitado, de quien la participan los hijos de Dios. En este ámbito de la redención objetiva finalizada por el Mediador, pero aún en camino de realización en cada etapa de la historia para que alcancen a más personas sus efectos (redención subjetiva), se inscribe la función materna de María, su acción mediadora partícipe de manera excelente e insuperable de la acción del Mediador y siempre supeditada a Él.

Nunca podrá considerarse suficiente, a mi entender, la atención teológica prestada a la dimensión mariana, materna, de la propagación de la salvación y de la existencia cristianas, revelada y establecida por Cristo mismo en la cruz. De tal dimensión mariana –inseparable del esencial fundamento petrino

de la Iglesia— se habla en estas páginas en clave de mediación materna¹.

El Autor
Marzo de 2021

1. Los capítulos de este libro tienen como base diversos trabajos publicados en años recientes por el autor en diferentes revistas teológicas. Ahora han sido retocados y acomodados con cierta unidad. En las páginas finales del libro se da oportuna referencia de las versiones primeras. En las citas de autores y obras a pie de página hemos preferido mantener los datos de la edición que tuvimos ocasión de manejar al redactar aquellas primeras versiones, aunque no siempre fueran las publicadas en su lengua original sino en alguna traducción. Por esta razón una misma obra puede aparecer citada en lenguas diversas.